

Biblioteca-Films

MONTMARTRE

Núm. 33

25
cénta.



**POLA
NEGRI
y
Hermann
Thimig**



LOBITSCHE, Ernst

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Urgel, 40, 2.º, 2.ª

○ Teléfono 3098-A
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

Die Flamme, 1922

*** MONTMARTRE**

Triunfo del amor verdadero sobre impúdicos
amores

** Título
dado en*

FF.UU

Exclusiva **L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66

PERSONAJES

INTÉRPRETES

Ivette	Pola Negri
Gustavo Leduc	Hermann
Julio Bertrand	Alfred Abel
Ana, madre de Gustavo Leduc	Jenny Marba

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

I

No hay duda de que aquella morada es el templo del arte: habitación confortable adornada con severa sobriedad y gusto; muebles y objetos de época pretérita dispuestos con aquel ordenado desorden, indicio cierto de que es la morada de un artista; un piano vertical,

en uno de los extremos; en el otro, una mesa-escritorio; en las paredes, cuadros de músicos célebres y entre ellos, Weber, Beethoven, Mozart, Listz, Palestrina y Gluck; cerca del piano, prendida con vistoso lazo de seda, pende de la pared una guitarra, y en diversos sitios de la estancia, atributos del divino arte.

Al empezar este relato, Gustavo Leduc está sentado a su mesa de trabajo tejiendo, en el pentagrama, la escalera que ha de conducirle a la gloria.

Es Gustavo Leduc un artista en toda la extensión de la palabra, de un temperamento sensible; de una alma grande y sencilla a la par, y de una ingenuidad casi infantil. Dedicóse desde edad temprana a la música, y terminada su carrera en la Real Academia de Música, bajo la dirección del reputado maestro Pillet, dedícase, en la apacible soledad de su estudio, a la composición, soñando sólo en la gloria, su suprema aspiración.

Embebido está en su trabajo cuando llamaron a la puerta de su estudio.

—¡ Adelante !

—¡ Hola, amigo Julio !... ¿ Tú por aquí ?

—¿ Cómo estás ?... Aunque ya veo que estás enfrascado en tus fusas y corcheas.

—Es la vida.

—La mala vida... ¡ Vaya, chico, hoy no se trabaja más !...

—Como quieras... Siéntate.

—Celebro venir a estorbarte.

—Tú no estorbas nunca; ya lo sabes.

—¡ No es absurdo estar pintando aquí patitas de mosca, cuando ríe el sol en las copas de los árboles ?

mente y ya se disponía a ello examinando la lista o menú. Pero Julio Bertrand, que por lo visto no quería hacer de primo, paróle los pies:

—Le advierto, señorita, que no tengo por



Una hermosa joven, esbelta, vestida con coquetona elegancia, atraviesa la calle (pág. 5)

costumbre pagar las cuentas de mis amigas de una noche.

—Caballero, eso es un insulto a mi dignidad. Ni yo pretendo tal cosa ni quiero ser su amiga de una noche.

Ivette levantóse y salió; mas Julio Bertrand siguióla dándole excusas. Cuando llegaron a

la puerta, ella volvió su faz hacia él y con gracioso mohín d'jole tuteándole:

—Si tan prendado estás de mí, dame cien francos para pagar mi pupilaje de este mes.

Julio Bertrand sacó su cartera, y en el dorso de una tarjeta escribió con lápiz: *Ven mañana a mi casa después de cenar y te daré esos francos que necesitas*, y se la entregó a ella. Ivette, después de leerla, sacó también una de sus tarjetas perfumadas y se la entregó a Julio diciendo:

—Julio, ahí tienes mi dirección.

III

El mismo Julio Bertrand, ayudado por su vieja sirvienta, prepara la mesa y dispone el refresco que debe servir a su nueva amiga.

Esperó largo rato. Por fin sonó la campanilla.

—¡Es ella!... ¡Es ella!—exclamó, y arreglóse la chalina.

Entreabrió la puerta y penetró en el comedor su amigo Gustavo Leduc. No pudo evitar un movimiento de sorpresa.

Al ver la mesa dispuesta, Gustavo le dijo, al mismo tiempo que se sentaba y abandonaba encima de la mesa un paquete donde envolvía unos papeles de música:

—¿Me esperabas?

—No... es decir... sí, te esperaba.

Con toda naturalidad, Leduc llenó de café la taza dispuesta para Ivette y tomó una pasta.

—Pues accediendo a tu invitación, he traído los originales de mi Sinfonía para hacértela oír.

Julio, que estaba de pie apoyado de espalda



— Le abierto, Señorita, que no tengo por costumbre pagar las cuentas de mis amigas de una noche (pág. 7)

corazón en fuego: amaba por la primera vez... ¡Cuánto hubiese dado ella por ser, en aquel momento sentimental, mujer honrada!

Minutos después sin pensar en lo intempestivo de la hora, salió el músico hacia la casa de su amigo Julio Bertrand.

Este, convencido de que la linda griseta no vendría a buscar los cien francos, se entretenía en el comedor con un perrito lanero, al cual servía los pastelillos dispuestos para Ivet. Sonó un campanillazo y se apresuró a recoger los pasteles desparramados por el suelo y ponerlos ordenadamente sobre la mesa. Abrió la puerta y hallóse de nuevo frente a su amigo.

—¿Otra vez?

—Julio, estoy enamorado... ¡Qué mujer!

—¿Y para eso has venido a estas horas?

—Para eso y para pedirte por favor que mañana me acompañes a su casa... Le debo una visita.

—¿Ya?

—Es hermosísima... ¡Qué ojos!... Son todo un poema.

—Pues ya tienes asunto para otra sinfonía que podrías titular: «Sus ojos».

—¡Y qué alma!...

—¿También has visto su alma?

—Ha oído mi Sinfonía y la ha comprendido...

—¡Es el colmo!

—¡Hasta ha llorado!

—Con tal que no te haga llorar a ti.

—Quita allá... ¡Es un ángel!

—Bueno, bueno; ya la iremos a ver.

.....
Entró Ivette en su casa mucho antes de la hora en que lo solía hacer cada noche. Estaba

emponzoñado que le había traspasado el corazón. Sin una queja, sin dignarse mirar a la mujer que le hundía en aquel momento en el mayor desconsuelo, borrándole la primera ilusión de su vida, requirió el sombrero, miró por



Dijo el músico cogiendo su mano y besándosela con pasión (pág. 12)

última vez a la mujer que escondía su rostro entre las manos presa de un gran dolor, y dijo-le con voz amorosa:

—¿Por qué me engañabas, Ivette?... ¡Yo que te creía pura y digna de mí?

Y salió tambaleándose como un beodo.

V

Cuando Gustavo llegó a su casa halló en ella a su amigo Julio. Este ya había enterado a la madre de aquél de los amores de su hijo con una mujer del arroyo.

—¡Hijo mío!—exclamó la madre al ver a su hijo—. ¡Tú, a estas horas y en este estado!

Gustavo estaba abatidísimo, pálido, lloroso.

—Está enamorado de una mujer indigna de él—observó Julio.

—¿Así me agradeces el haberme sacrificado siempre por ti?—reprendióle doña Ana.

Gustavo encerróse en su estudio y dió rienda suelta a su dolor: sus lágrimas entonaron un himno fúnebre a sus ilusiones muertas; pero en el fondo de su alma, una segunda naturaleza, un *alter ego*, parecía murmurar: *No puedo olvidarla, la amo, la amo.*

La madre de Gustavo comisionó a Julio para que fuese a encontrar a Ivette.

—Déle usted este cheque; pero con la condición de que no vuelva a escribir a mi hijo, ni a presentarse en esta casa.

Y doña Ana entregó a Julio un cheque de quinientos francos.

Aquella misma noche recibió el músico esta carta:

Querido Gustavo: Reconozco que me he portado mal contigo. Tú no merecías que te engañase; pero es que se había apoderado de mí, desde que te vi, la ilusión de que tú me sacarías de esta vida maldita. Ahora compren-



— Espérese usted, voy en un momento a buscar a Ivette (pág. 10)

cólera y los puños crispados, parecía iba a lanzarse sobre Julio. Este quedó anonadado. Cínico, envolvió a su amigo en una mirada de desprecio y fuése diciendo:

—¡ Te la regalo !

—Ahora mismo, Ivette, te vienes conmigo ; ni un minuto más en esta casa.

Luisa ayudóla a recoger todos sus efectos y los pusieron en un maletín ; pero en el momento de salir, Gustavo díjole :

—¡ No, Ivette, no quiero que te lleves ni un alfiler que pueda recordarte tu vida pasada !... ¡ Vamos !

VI

Llegaron Gustavo e Ivette a casa del artista. Antes de entrar en su domicilio, el músico advirtió a la joven :

—Espera aquí, en la escalera, mientras yo voy a preparar a mi madre.

Entró Leduc en su casa más alegre que de costumbre y después de besar a su madre, díjole :

—Mamá, Ivette está aguardando en la escalera... Díle una palabra de consuelo.

—No, hijo mío ; Ivette no te conviene.

—Habla con ella aunque sea un momento nada más y te convencerás de la bondad de su alma.

—No me convenceréis ni tú ni ella.

—Voy a buscarla... ¿ eh ?

Y Gustavo salió sin escuchar las protestas de su madre que seguía en pos de él. Salió, y cuando quiso entrar con Ivette, no pudo hacerlo : su madre había cerrado la puerta.



con su esposa, y él, indignado, la arrojó de su casa y reprendió duramente a Ivette por su ligereza: la tempestad estaba pronta a estallar.

Aquella noche, la del último ensayo, después de salir Gustavo, Ivette quiso salir detrás de él; pero cayó desmayada en el descansillo de la escalera y la portera, que la vió, avisó al doctor, quien, después de haberla prestado sus auxilios le anunció que iba a ser madre. Desde aquel momento Ivette empezó a preparar, durante los momentos de su soledad, los vestiditos para el ángel que Dios le mandaba.

VII

Llegó el día solemne en que debía estrenarse en la Gran Opera la Sinfonía de Gustavo Leduc. Este quiso que su madre, de la que se había separado por haberse casado con Ivette, asistiese a su triunfo y le escribió una carta muy expresiva rogándole no faltase a aquella solemnidad y remitiéndole una invitación.

Julio Bertrand y Gustavo habían vuelto a la amistad. Aquel día Julio fué a buscar a su amigo para acompañarle a la Opera. Ivette se molestó al volver a ver a aquel mal amigo en su casa.

—¿No me llevas contigo, Gustavo?... Me sentaré en un rinconcito del teatro donde nadie pueda verme.

Gustavo iba a acceder; pero Julio, su genio malo, replicó:

—¿Cómo la vas a llevar si no tienes más localidades?

Y Julio pisó el pie de su amigo, guiñóle el

VIII

La catástrofe había producido sus nefastos efectos: la separación.

Aquella mañana la madre de Gustavo subió a comunicar a Ivette que se fuera y le prometió subvenir a sus necesidades.

—No necesito su dinero.

Delante de la madre del músico, Ivette preparó su maleta y vió aquélla como la esposa de Gustavo guardaba cuidadosamente la ropita diminuta que debía servir para un recién nacido. Aquella ropita infantil, nuncio de un nietecillo, removió el corazón de la futura abuela, quien se acercó a Ivette con los ojos humedecidos:

—¡Desventurada!... ¿Qué vas a hacer sola en el mundo con el angelito que Dios va a concederte?...

Ivette se arrojó a una silla y se echó a llorar amargamente.

—¿Es que Gustavo sabe que tú...?

—No, no sabe nada—contestó Ivette sollozando.

Corrió la madre a anunciar a su hijo tan fausta nueva.

Creyó Ivette que había perdido para siempre el amor del único hombre por quien había latido su corazón, y una ráfaga de desesperación la ofuscó.

Olvidando que iba a ser madre, pensó en poner fin a sus días. Fuése al balcón con el propósito de arrojarse por él. Pero la llegada

precipitada de Gustavo impidió la catástrofe.

—¡Ivette!... ¡Ivette!... ¡Perdona mi ligereza!—dijo abrazándola con efusión—. Ya nada en adelante me impedirá proclamar bien alto que eres mi mujercita adorada, y pronto el barrio de Montmartre será más alegre todavía, animado con las risas infantiles de nuestro hijito...

—¡Gustavo!... Desde el día que tus ojos se fijaron en los míos nunca te he faltado.

—¡Perdóname, Ivette!

¡La mujer había sido regenerada por la maternidad!

FIN

OTRO ÉXITO

EL LADRÓN DE BAGDAD

por DOUGLAS FAIRBANKS

Puestos en competencia con otra publicación similar, han tenido ocasión los aficionados de comparar el relato que nosotros hemos presentado de tan maravillosa historia oriental, con el desacertado argumento, que, —sin autorización de quienes podían, — se han atrevido a presentar la competencia a sus lectores, en forma de sorpresa.

Para muestra basta... una novela: ambas son como el prototipo literario de ambas editoriales.

No obstante haber hecho un tiraje triple del habitual, éste se está agotando.

Publicaciones selectas de BIBLIOTECA FILMS

1	Rosita		I p.
2	No se fie de las apariencias.	Mary Pickford	30c
3	Lorna Doone	Charles Chaplin	25¢
4	La voz de la mujer.	Douglas Fairbanks.	50¢
5	¡Cuidado con la curva!	Lil Dagover	25¢
6	El león de Venecia	Magda Bellamy	25¢
7	La Rosa de Flandes 2.ª edición	Raquel Meller	50¢
8	Ensueño	Andrés Rouanne.	25¢
9	Sherlock Holmes	Dorothy Philips	25¢
10	Las esposas de los hombres pobres	Helene Chadwich.	25¢
11	El Signo del Zorro 2.ª edición.	Douglas Fairbanks	25¢
12	¿Dónde estás, hijo mío?	Reinwald y Fjord	50¢
13	Luisa Miller.	Ramón Navarro.	25¢
14	Flor de fuego	Frank Mayo	25¢
15	Las dos niñas de París 2.ª edición.	Mary y Douglas.	25¢
16	Rescatando la honra	Tom Mix	25¢
17	La hija del fuego	Perla Blanca.	25¢
18	Nathan el sabio	Sandra y Herrmann.	25¢
19	La Huerfanita 2.ª edición	Dorothy Gish	25¢
20	Clarita May.	Bessie Love.	25«
21	La brecha del infierno	Camille Vernades.	50¢
22	¡Perdida y encontrada!	Antonio Moreno	25«
23	El alma de Oscar.	Cullen Landis.	25«
24	El Botones n.º 13.	Douglas Mac Lean	25«
25	Mesalina	Rina de Ligouro	50«
26	Mandrín, caudillo de leyenda.	Romuald Foubé	25«
27	El velo de la dicha	Claire Windsor	25«
28	Nellie, la bella modelo.	Mae Murray	25«
29	Los Nibalungos (Sigfrido).	Pablo Richter	50«
30	Las cataratas del diablo.	Bárbara La Marr	25«
31	El Ladrón de Bagdad	Lya Mara	25«
32	La Reina de la Moda	Jacqueline Blanc.	25«

Próximo número: 25 Noviembre

¿A donde vas mujer?... ¡Detente!... Regresa a tu hogar.

He aquí la base de la novela

EL CABALLERO DE LA PESADILLA

Creación de IVAN MOSJOUKINE

Postal: la de este simpático y elegante «star», admiración del bello sexo